



de Cádiz eran ya pasados en el Andalucía, donde repartidos por la tierra, luégo de la primera llegada quemaron ciertas caserías, y tomaban ganados, y prendian, y mataban hombres de su nacion cuantos hallaron á la mano, pesquisó contra qué parte discurrían ciertas banderas africanas que hacían lo más deste daño, las cuales tuvo noticia muy cierta que corrían el campo más delanteras que las otras, y se recogían en una palizada que por allí tenían, cercada de fosas y bien fortalecida, con un capitán cartagines mucho diligente y astuto, llamado Meceral, ó según otros escriben Maharbal, que procuraba de sostener aquella pendencia más que nadie. Luégo, como de todo fué certificado Baucio Capeto, salió de su pueblo venida la noche con el número de gente que le pareció necesario. Y llegados á las estancias de los cartagineses, acometieron por todas partes tan animosamente, que saltadas las fosas, entraron lo fuerte de la palizada, donde se comenzó la matanza mucho cruel y sangrienta, con tanta presteza que casi nadie pudo librarse de prision ó de muerte, sino fueron Meceral el capitán y muy pocos otros, que viéndose perdidos, tomaron caballos, y desamparada la gente que moría, se pusieron á salvo, heridos y maltratados primero que de la palizada saliesen. Con esto los turdetanos y su capitán tornaron á la ciudad, y los despojos que por allí ganaron, aunque fueron pocos y no muy preciosos, los colgaron en el templo de sus ídolos con algunas manos diestras que cortaron á los muertos principales, y las pusieron entre las otras preseas, como lo tenían de costumbre, por memoria de sus victorias. Aquello fenecido, porque la gente gustase más de la prosperidad y los enemigos cobrasen doblado pavor, el día siguiente Baucio Caropo vino por las riberas abajo del río que decimos agora Guadalete, caminando contra la mar, de quien hablaremos adelante más particularidades en los treinta y cuatro capítulos venideros; y como supiese que también allí tenían los cartagineses algunas barcas y bateles llenos de mantenimientos y de diversa provision, acometiéndolos presto con mucha ferocidad, y tomados á prision, algunos que se defendían les puso fuego, quemándolos casi todos con cuanta carga tenían. Esto dió gran temor á los contrarios para no se desmandar como quisieran, y para vivir más avisados que primero; pero mucho más los refrenó cierto salto que poco despues el mismo Baucio quisiera dar en otro reparo cerca deste, puesto que no pudo venir en efecto, como lo pasado, porque los cartagineses que lo defendían, cuando supieron que

Baucio llegaba, desampararon el sitio dejando todas sus armas y provisiones, sin esperar á recoger cosa dellas, como negocio que les iba ménos que en salvar las vidas, ó también porque detenidos los enemigos en el robo, tuviesen los cartagineses más lugar en la huida, como de hecho sucedió cuando los turdetanos y su capitán llegaron, que recogido cuanto por allí pudieron haber, se volvieron á su pueblo cargados de muchas preseas, y lo pusieron en la parte que primero tenían el robo de los otros recuentros que con ellos habían pasado.

CAPITULO XXXIII.

Cómo los cartagineses recién venidos en España mudaron el estilo de la guerra, poniendo treguas con algunos andaluces; con otros prosiguieron la pendencia tibiamente, favoreciendo siempre la parte de Cádiz en gran disimulacion y cautela.

Hiciéronse tan á tiempo los desbarates pasados y con tal esfuerzo y denuedo, que visto por los cartagineses el daño que recibían y que los turdetanos andaban airados y se paraban á la guerra de propósito con capitanes señalados, no lo soliendo hacer sino cuando tenían cosas muy determinadas, parecióles que para poder quedar en aquella region y comarcas efectuando la demanda secreta que pretendían, convenia asegurarlos por el presente y no permitir que de gente tan poderosa por aquellas partes tuviesen contradiccion. A este fin les enviaron luégo mensajeros, diciendo que ciertos capitanes suyos, no sabiendo las divisiones ó repartimientos de la tierra, se metieron por aquella region de Turdetania haciendo males y daños en ella; de lo cual á todos los otros cartagineses habia desplazado, porque su principal intencion era pacificar las turbaciones pasadas, con el mismo rigor y castigo que fuese posible, generalmente por todas las gentes que hubieron ofendido á los de Cádiz y á sus templos y dioses y cosas santas, pero sin ménos daño que de nadie con la nacion de los turdetanos, á quien tenían especial mandamiento de la Señoría cartaginesa que los recibiesen en su confederacion y les hiciesen todas las buenas obras y buena vecindad que pudiesen, así por lo merecer ellos, como por tener ya noticia que de todo lo hecho contra Cádiz fueron poco culpados, y que para seguridad de lo dicho mandarian á la hora que las compañías cartaginesas cuantas por allí se desmandaban saliesen de su provincia Turdetana, sin hacerle más daño; por tanto, que los turdetanos repasasen y dejasen las armas, no queriendo tomar



recelo de quien no tan sólo no los había de injuriar, sino vedar y contradecir á cualquier otra gente que les ofendiese. Parecióles muy bien á los turdetanos andaluces la peticion des- tos cartagineses, según aquellos días eran inocentes y bien acostumbrados; y cuanto á la república della respondieron que holgaban en oír sus buenas razones y comedimientos, aunque las obras primeras fueron mucho contrarias de lo que publicaban agora, mas que salidos ellos de la provincia turdetana como prometían, lo tendrían todo por cierto; cuanto á lo venidero, harían como les hiciesen, pues dado que los vecinos de Turdeto con toda la nacion turdetana fuesen conocidamente deseosos de paz, siendo la guerra necesaria, holgaban tanto con ella como con el reposo, porque lo tal amonestaban y mandaban sus leyes antiguas, á quien ellos tenían por instruccion y precepto de su vivir; lo demas guiase los dioses como les pluguiese, favoreciendo las partes justas y confundiendo los tiranos donde quiera que saliesen. Esta respuesta (según fué bien atentada) podemos conjeturar que la darían por consejo del andaluz Baucio Caropo, su capitán, del cual no hallamos otra memoria, fuera de lo que dijimos en el capítulo precedente, más de ser muerto pasados pocos días y que sus parientes lo sepultaron magníficamente, poniéndole por el contorno del monumento tantos pedrones ó pizarras enhiestas, cuantos adversarios le vieron matar en las guerras y cuestionen en que se halló cuando fué vivo, porque tal costumbre tenían en sus mortuorios casi todas las gentes españolas de su tiempo, y áun lo tuvieron las de muchos otros años adelante.

Llamaban aquellos pedrones ó pizarras levantadas, calpas ó calepas en su lengua provincial, como lo significa Juliano Diácono. Los capitanes cartagineses, considerada la resistencia grande que por allí se les hacia, dejaron aquella provincia de los turdetanos, y revolviendo sobre las otras gentes andaluzas de la comarca, trabajaban principalmente de conservar los lugares y poblaciones de fenices, tirios y sidonios, en que los andaluces no tocaron, que según ya señalamos en el oncenno capítulo, fueron algunas en aquellos derredores, sin la de Medinasidonia que hallaron destruida. Bastecían otrosí cualesquiera estancias ó sitios ó torres de las antiguas, donde no pareciese dificultad; desde las cuales proseguían su pendencia cautelosamente, porque cuanto más duraban en ella, tanto mejoraban sus negocios, reconociendo las maneras con que se debían tratar los andaluces. Si por algún cabo vian

resistencia notoria, procuraban luégo confederaciones y nuevas amistades, con color de las cuales entraban, y se metían entre la simplicidad de todas aquellas gentes, y las ocupaban más fácilmente con este tal engaño, que con las armas, ni con otro rigor que les pusieran. En otros lugares flacos mostrábase crueles, si lo podían hacer á su salvo, publicando ser aquello venganza de las injurias hechas á los de Cádiz. Desta suerte, pasados pocos años, unas veces por bien, otras veces por mal, no les quedó cosa que no tuviesen á su mandar en aquellos derredores, ó no la juntasen á su confederacion, con tantas astucias y dobleces, que los de Cádiz se tenían por muy satisfechos y vengados de quien mal querían; y junto con esto la mayor parte de los otros andaluces que primero fueron contrarios, amaban y servían la parcialidad cartaginesa, lo cual era la cosa que Cartago más procuraba, porque verdaderamente todo su deseo fué desde los primeros días que tuvieron noticia de España, arrárgase cuanto pudiesen en ella, no sólo por el Andalucía, como los fenices pretendieron, sino por todas las otras provincias que más pudiesen. La ciudad y templo de los de Cádiz que los años pasados fué destruida, nunca tentaron á restaurarla, porque según habia sido enojosa y aborrecible á los de la tierra, temieron que si viesen los andaluces el edificio renovado, se moverían de nuevo y áun podría ser que tornados á juntar con los turdetanos y galos célticos, como la primera vez, revolviessen la guerra sólo por aquel respecto.

CAPITULO XXXIV.

De la discordia grande que se recreció entre los vecinos de Cádiz y los cartagineses, en que despues de haber peleado unos con otros, los cartagineses fueron echados fuera de la ciudad con muchos daños y muertes que hicieron en ellos.

En estos negocios gastaron los cartagineses algun tiempo, disimulando con los unos y con los otros, y publicando ser toda su voluntad confederar á los andaluces con los de Cádiz, para que (pues ya parecían estar satisfechos en lo principal) viviesen amigos y concordés en lo de por venir, dado que, como dije, pareció ser más verdadero y más al propósito de sus intentos, negociar y mirar en qué manera podrían ellos quedar en la tierra, sojuzgando los que primero la poseían, y señoreándolo todo; para la cual llevar adelante, y poderlo emprender y principiár con ménos estorbo, comenzaron poco despues á se congraciár dentro



de Cádiz encubiertamente con el linaje de los fenices contra los antiguos y naturales de la misma ciudad, poniendo mucha division entre los unos y los otros, formando discordias y parcialidades en lugar de la gran conformidad que siempre tuvieron tantos años y siglos, porque desta suerte les parecia que los podrian despojar de la isla, ó por lo ménos de la ciudad y tenerlos en tal servidumbre, que los cartagineses quedasen allí como señores absolutos, y no como compañeros allegadizos, segun que los fenices habian estado, lo cual emprendieron tan sotilmente, que desde los primeros negocios no quedó lugar en toda la costa, donde no tuvieson lo mejor y más fuerte, con provision de pertrechos y gente bastante para asegurarlo, consintiéndolo tan bien los mismos fenices sus pobladores, y aun en la misma isla y ciudad de Cádiz, no faltó cosa fuerte ni de las importantes que secretamente no quedase desta suerte.

Tenian junto con esto muy ganadas las voluntades de la gente forastera cuanta comunicaba por la isla, no sólo de los africanos que venian á ella de continuo, sino tambien de los andaluces, dándoles entrada libre para venir y pasar, y contratar en ella como quisiesen, todo tan ordenado, que despues cuando los naturales de Cádiz quisieron mirar en sí, hallaron á la verdad ya no tener cosa libre dentro de su isla, ni de su ciudad, y que todo lo mandaban cartagineses. Viéronse notoriamente tomados á manos, sin libertad y sin poder alguno; los placeres de lo pasado se tornaron en doblada tristeza, mostrando crecido dolor. Y platicando los unos con los otros quejas gravísimas destes cartagineses y de los fenices, á cuyos progenitores sus antepasados hubieron recibido consigo, sustentando sus opiniones en todas las cosas que tentaban, negando por ellos el amistad de los andaluces sus fronteros, y de las otras gentes sus vecinas, de quien siempre les vinieron grandes provechos; en cuya satisfaccion y regredecimiento les daban agora tal pago, mucho contrario de lo que merecian y fuera justo. Viendo los cartagineses la murmuracion de los de Cádiz, y que ya todos sus artificios eran descubiertos y sentidos, penábaseles poco cuanto decian. Y para más encender el enojo traian maneras, como ni los ciudadanos ni los fenices disimulasen algunas demasias que les placian hacer. Tan manifesto pasaba todo, que los de Cádiz y los principales de la isla comenzaron á tomar armas y recelarse dellos, y casi los más dias habia cuestion y rencillas en diversas partes del pueblo y aun por el campo tambien. Daban

voces los de Cádiz donde quiera que se hallaban, publicando que los tales cartagineses á quien su república trajera para conservacion y defensa de su libertad, eran los que la sujetaban con el mayor daño que de ninguna gente pudiera recibir; y ciertamente cosa fué temerosa ver una mudanza tan súpita de gente ya mezclada con estos cartagineses, tan armada, tan proveida, sobre todo tan cautelosa de su natural, que jamas emprendian obra sin misterio, mayormente viéndolos conformísimos con los andaluces enemigos de Cádiz, y con el otro linaje de fenices que los de la isla tenían entre sí; los cuales no parecian allí ménos poderosos que los propios naturales antiguos della. Ventajas eran todas estas grandes y muchas á la parte cartaginesa, mas al fin iban los negocios tan turbados que no se pudiendo valer unos con otros, los de Cádiz aventuraron á perderse, haciendo su deber ántes que dejar de probar el remedio si lo hallasen. Un dia cuando la nacion cartaginesa pareció tener más seguridad, arremetieron todos juntos y dieron sobre la fortaleza cercana del pueblo, la cual fortaleza desde los primeros dias que los cartagineses acá vinieron la tenían en poder.

Esta ganada con poco trabajo, segun el arremetida fué recia, revolviéron sobre la gente contraria que por aquella misma sazón hallaron en la ciudad, y hecha gran mortandad en ella, los echaron todos fuera. Poco despues caminaron así juntos contra la torre fuerte que tenían en lo postrero de la isla sobre la punta mas oriental, á quien llamaban el cabo Cronion, por ser tambien importante para sus hechos; mas los que la guardaban supieron toda la turbacion de la ciudad, y basteciéronse con tiempo para la defender. Y por esta causa los de Cádiz la dejaron aquella vez, con propósito de la combatir adelante cuando hallasen mejor aparejo.

CAPITULO XXXV.

Cómo revolviéron sobre Cádiz la gente cartaginesa, combatieron la ciudad y castillo della, cobrando por fuerza cuanto primero poseian, y pusieron toda la isla con sus moradores y vecinos en sujecion y servidumbre gravísima.

La guerra rompida por la manera que tenemos escrito entre los de Cádiz y los cartagineses, y publicada la division tan abiertamente con daños tan recios y tan crecidos, quisieron los de Cádiz pasar adelante sin otra dilacion, para tomar el templo de su dios Hércules que tenían en la parte más oriental de la isla, so-



bre la parte postrera que decian Heraclea, si no fuera porque todos los principales cartagineses y fenices, que se libraron del alboroto de la ciudad y del castillo, vinieron allí huyendo para se fortalecer en el templo con reparos y con gente cuanto podian apañar, y estaban muy á punto de rondas y de velas y de todo lo necesario para su defension. Desde allí comenzaron á salir muchas veces á pié y á caballo, dando rebatos continuos en el pueblo; trababan escaramuzas unes con otros, y se robaban y dañaban cuanto podian. Las cuales diferencias duraron largos dias dellos gastados en estas peleas y recuentros particulares, y dellos en algunas pláticas de paz; pero como la tal nunca se pudiese concordar, los capitanes cartagineses entresacaron toda la gente que buenamente podian de las guarniciones que tuvieron situadas por las costas del Andalucía: junto con éstas apellidaron parte de los andaluces confederados, que ya por algunos lugares tenían muchos, y con ellos comenzaron la guerra de propósito, publicando que los de Cádiz les daban malas gracias por los trabajos pasados, y que despues de les haber asegurado de su ciudad, y sus tierras y sus personas, y vengado de sus adversarios hasta que más no quisieron, los echaban de sí, matándoles el ejército que tantas veces habia peleado por ellos; pero que muy presto les mostrarian como la señoría cartaginesa ni sus naturales, no solian recibir semejantes afrontas de gente nacida, puesto que fuese muy poderosa, cuanto más de los gaditanos, que con gran honra suya podian ser muy bien sus vasallos, como tambien eran otros pueblos de más calidad y más fuerzas, y como lo serian ellos al cabo, quisiesen ó no quisiesen. Dichas estas cosas, y llegada su gente, pusieron luégo sitio sobre la fortaleza de Cádiz, que como ya declaramos, estaba poco desviada del pueblo, y así comenzaron á darle combates muy denodados, proveyendo siempre con gran diligencia que nadie la socorriese de gente ni mantenimientos.

Andaban tan cuidadosos en esto, que bastarían muy bien para que los cercados no se pudiesen detener, cuanto más creciendo los combates por la parte de fuera, bravos y recios, y hambre terrible por parte de dentro; lo cual todo se hacia con tal enemistad, que despues de ser en ello muerta la más y mejor de la gente cercada, determinaron los cartagineses ante que se levantasen del cerco, dejar asolada la fortaleza sobredicha para los escarmentar á todos en general, y para que los de Cádiz no pudiesen otra vez resistirles, ni perjudicarles en lo de por venir; sólo faltaban ingenios ó

herramientas para lo hacer desde fuera, por causa que las cosas de la guerra no tenían aquellos dias el primor que tuvieron adelante. Juntábase con esto que las paredes del castillo fueron de razonable tamaño, de piedras buenas bien asentadas, y los pocos hombres que dentro se defendian, obraban continuo su posibilidad, puesto que muy enflaquecidos y menguados de lo necesario; pero ninguna perseverancia bastó para que los muros no fuesen aporillados en diversas partes, y despues á pocos dias entrados de todo punto. Las torres y cercas fueron acabadas de batir con unas vigas grandes que trajeron estos cartagineses, las cuales alzadas con mucha gente, daban desde lo bajo por aquellas partes de fuera con las cabezas ó cuantos dellas muy grandes golpes en todo lo más alto del muro, donde podian alcanzar; y así desencasaron las primeras órdenes de piedra, despues poco á poco de hilera en hilera vinieron bajando cada dia más; derrocaron el adarve todo hasta los cimientos. Esto hecho, como ya por aquella parte no tuviesen estorbo ni cosa de que temer, pasaron el cerro sobre la ciudad, procurando llegar á la cerca cuanto pudiesen, buscando maneras para tambien la derrotar. Sobre lo cual probados muchos artificios, y visto que ninguno dellos la podia herir sin mucha pérdida de su gente, que se le mataban los ciudadanos desde lo más alto del muro con grandes esquinzos y piedras que lanzaban en ellos, acordaron tener el industria mesma que tuvieron en el castillo, con otras vigas tan gruesas y tan largas que podian herir desde lejos de la cerca, salvo que por industria de cierto carpintero fenice, llamado Pefasmeno, natural de la ciudad de Tiro, que por estos dias andaba con el ejército cartagineses, añadieron en aquellos ingenios otro madero levantado donde la viga principal quedase colgada con unas maromas ó cadenas cruzada como balanza, porque tirando detras por ella tomase más ímpetu para que la pudiesen arrojar libremente contra donde quisiesen. Deste modo hacian el golpe mayor y más furioso, sin haber menester mucha gente para tener levantada la viga, ni para dar el vaiven. Así que los muros de la ciudad de Cádiz quedaron esta vez asolados como los del castillo, mediante los artificios del combate sobredicho, que segun dice Vitrubio Polion, fueron los primeros de cuantos se hicieron en el mundo, para derrocar paredes fuertes desde lejos. Andando los tiempos, añadieron en ellos ruedas y nuevos aparejos para los llevar y mover donde quisiesen á poca fatiga, con otras ayudas, y con aforros, amparos y defensas en mucha per-



feccion, á fin que los adversarios no los pudiesen quemar ni tampoco herir á quien los guiase, como de todo harémos alguna relacion en los treinta capítulos del cuarto libro.

CAPITULO XXXVI.

De las enemistades que sucedieron entre los vecinos del puerto de Menesteo con los cartagineses sobre lo que hicieron en Cádiz, y de los grandes males que los unos y los otros en aquel negocio padecieron.

A nadie pudo bien parecer la demasia que los cartagineses hicieron en Cádiz, tan sin razon y tan presto; mas entre todos los que principalmente lo miraron y sintieron fueron los del Puerto de Santa Maria, que llamaban en aquellos tiempos de Menesteo, como personas que desde los principios de su fundacion tenian puestas ligas y trabado parentesco con los de Cádiz, y tambien porque siendo este puerto la poblacion más junta con Cádiz de todas las del Andalucía, por lo ménos de las que fueron estimadas en algo, no les podia redundar algun bien del daño de la isla, ni de cualesquier forzadores ó tiranos que por ella quedasen. Esta fué causa para se recelar cada dia más de los cartagineses, procurando dañarles en algo de lo que podian, no permitiendo jamas que ni los tales ni cosa suya tuviesen participacion en su pueblo. Sucedió poco de pues, que procediendo las cosas destas dos gentes en la disimulacion y rencor sobredicho, no rotas de todo punto, ni léjos tampoco de rompimiento, tentaron los cartagineses otra novedad con que no pudieron excusar de venir á las armas muy presto, lo cual fué desta manera. Ya dijimos en algunas partes desta crónica pasada, cómo por aquellos tiempos antiguos el rio Guadalquivir traia su corriente diversa de la de agora, dividiéndose primero que sus aguas lleguen á la mar en dos brazos bien espaciosos, dentro de los cuales quedaba cierta isla, muy señalada por todos los autores cosmógraphos que hablan deste rio. Tambien escribimos en los treinta capítulos del primer libro, que cuando Menesteo, capitán griego, vino en España, despues de haber poblado sobre la costa del mar Océano la villa deste mesmo puerto de Menesteo, que llaman agora de Santa Maria, pasó más adelante para labrar un oratorio dentro de la isla de Guadalquivir, en que hizo sacrificios á sus ídolos, segun el estilo que la gentilidad en tales casos acostumbraba. Pocos años despues los vecinos del Puerto, con otros andaluces comarcanos á la isla, fundaron tambien allí una ermita de mucha devocion, como ya lo dijimos,

la cual en estos dias cuando los cartagineses vinieron estaba muy acrecentada con edificios y riquezas y con todo cualquier otro buen adorno, mediante las dádivas y limosnas que todas las gentes comarcanas allí traian; y los vecinos del Puerto sobredicho la conservaron y favorecieron continuamente por ser cosa del príncipe Menesteo, fundador y principiador de su pueblo. En ésta pusieron ojo los cartagineses despues de ganado lo de Cádiz, conociendo ser estancia muy conveniente para las entradas y contratacion del rio sobredicho de Guadalquivir, y propusieron de la tomar so color de venir allí tambien ellos muy aficionados y devotos á sus plegarias y sacrificios como las otras gentes, y lanzar fuera della si pudiesen á estos del Puerto, que como digo la tenian á su cargo, defensa y administracion, así los dias presentes como los dias de los fenices y de todas las otras naciones extrañas que primero vinieron en España, sin que nadie jamas tentase de quitarles aquella posesion. Mas como llegado este tiempo (de quien al presente hablamos), todos anduvieron alterados y revueltos unos con otros despues de pasado lo de Cádiz, los del Puerto por ninguna vía consentian á persona de Cartago la venida ni comunicacion de cosa que les tocase, ni que llegasen al oráculo para sacrificar como lo permitian á las otras gentes.

De aquí comenzaron á quejarse los cartagineses, y tomar ocasion para levantar bullicios y pependencias contra los del Puerto, disfamándolos por sacrílegos abominables, enemigos de los dioses inmortales y de toda su divinidad, pues vedaban que los hombres encomendasen á ellos sus deseos, y quitaban el provecho que de las plegarias y sacrificios redundaban en sus templos. Muchas otras palabras escandalosas decian los cartagineses para mover la gente simple, sobre lo cual replicaban los del Puerto, declarando los engaños y dobleces con que sus enemigos aquello decian. Trataban otrosí con muchos andaluces de su frontera, que dejasen el amistad cartaginesa, pues era traicion cuantas buenas obras y halagos de allí procedian, aferrados en falsedad encubierta, segun que con los de Cádiz habian declarado. Con esto negociaban sus hechos tanto bien, que notoriamente dañaban á los contrarios cuanto más iban, y siempre les dañaran mucho más, si los cartagineses, ante que los negocios fuesen adelante, no rompieran la guerra de todo punto. Pero como Cartago tenía gran provision de navios y fustas ligeras y de mucha gente que recogian á sueldo, no salian los del Puerto un solo paso por el agua



que luégo no daban en ellos, y los robaban, ó mataban, ó llevaban cautivos; tampoco permitian que navios de ningun otro lugar llegasen á la villa con provisiones ni contratacion de que les pudiesen venir provecho, y aun dentro de la tierra les daban mala vida, con celadas que ponian diversas veces por los resquicios y calas de la ribera, donde salian al traves y les robaban ganados y personas cuantas en el campo hallasen, quemándoles eso mesmo las caserías y cortijos, sin perdonar á nadie. En todos aquellos trabajos no se mostraban perezosos ni flacos los vecinos del Puerto, ántes, viéndose rodeados de tales adversarios y que la guerra se les hacia con toda crueldad, traian su gente muy ordenada, repartida por el término contra las partes y sitios que convenia; sus bateas y barcas, dado que no fuesen muchas, andaban muy armadas, y sobre todo con aviso tan despierto que muchas veces traian victorias asaz importantes; en las cuales nunca les vino cartagines á las manos que luégo no fuesen despedazado. Desto holgaban en gran manera los otros andaluces que no se llegaban á la confederacion cartaginesa; pero más que nadie los naturales antiguos de la isla de Cádiz, cuando sabian que los del Puerto prevalecian por el parentesco sobredicho que con ellos tuvieron, del cual siempre se preciaban, y bien quisieran ellos tener libertad para les ayudar si pudieran. Daban otrosí gran favor á los del Puerto sobre todos aquellos hechos los vecinos de Carteya, que como dijimos estaba sobre la boca del Estrecho; la cual ya por estos dias más comunmente llamaban las gentes Tarteso, por la causa que declaramos en los veinte capítulos pasados, segun que tambien la llamaremos muchas veces en la escritura siguiente. Y como los carteyos fuesen maravillosos navegantes y muy sabios y experimentados en el trato del agua, desde que los focenses de Yonia se avecindaron entre ellos, sabian muy bien hacer espaldas á los del Puerto, con sus navios ocupaban y defendian toda la boca del Estrecho, y cualesquier otros pasos de que los cartagineses pudiesen haber algun provecho. Entre las otras cosas importantes que sobre tal caso hicieron, fué tomar y destruir el estancia vieja que los fenices tuvieron allí cerca cuando los tiempos de su prosperidad; la cual estancia juntamente con las otras de la costa fueron entregadas á estos cartagineses luégo como vinieron en su favor para en rehenes y seguridad.

Esta ya dijimos caer en aquella parte donde tuvieron los andaluces el primer templo con la sepultura de su dios Hércules Egyptia-

no, que segun queda ya puesto, por aquellos dias era casa fuerte de contratacion á manera de depósito, donde los tales cartagineses y primero los fenices recogian mucha parte de sus riquezas, la cual estancia, como cayese junto con la poblacion y morada de los tartesios andaluces, dieron una noche sobre ellos combatiéndola tan furiosamente por diversas partes, que la pudieron entrar con poca pérdida de sus gentes y mucha de los contrarios; aunque los hallaron bien apercebidos, y tomando gran despojo de metales, armas, ropas y herramientas para diversos oficios, con todos los géneros de riquezas semejantes, habiendo robado lo que dentro tenian le pusieron fuego y derrocaron mucha parte de las paredes mayores, cuanto bastó para que los enemigos no pudiesen tornar allí, ni ponérseles tan vecinos. Viendo los cartagineses aquella resistencia que toda la parcialidad andaluza les hacia, y que todo procedia de la gran ocasion que daban á ello los del Puerto, quisieran hacer ellos mucho mayor escarmiento que hicieron en los de Cádiz, asolándolos de todo punto para que no durase la memoria suya ni de su lugar, ni de donde hubiese sido fundado; sino pudiesen hacer esto, determinaban espantarlos de tal manera, que tuviesen por gran bien venir á su mandamiento sin jamas salir dél, para lo cual tornaron á juntar de nuevo todo su poder y de sus valedores cuantos acá tenian, con el mayor alboroto que nunca hicieron en aquellas partes.

CAPÍTULO XXXVII.

Cómo queriendo pelear los españoles vecinos del Puerto con la gente cartaginesa, fueron tratadas amistades entre los unos y los otros, y capituladas condiciones y posturas importantes, pertenecientes á la quietud y sosiego de todos.

Como aquello fué puesto en obra y los vecinos del Puerto sintieron el ruido, las armas y los bullicios de toda su provision, con el estruendo de la gente que se llegaba, luégo tambien ellos y sus aficionados se pusieron á punto de guerra como si de nuevo comenzáran, juntando gente andaluza consigo, de la que conocian estar fuera de la parcialidad cartaginesa. Mas algunos galos célticos que vinieron á la fama de la guerra con éstos, y con el mejor aparejo que pudieron salieron á los contrarios que ya llegaban á vista del pueblo determinados á darles batalla; pero los cartagineses, considerado su denuedo y de sus ayudadores, y cuán á punto venian, estando ya para romper las haces, comenzaron á salir al-